La mala junta

Mirta Noemi Lago

Capítulo 1

La mala junta

Hacía tiempo que el rengo Graciano le seguía los pasos. Santiago Verbal había nacido a orillas del Paraná, adentro de él existía algo que inquietaba, esa rebeldía imprevista, la extensión de sus sueños eran casi como el río.

Santiago era el cuarto hijo de Matilde y Germán, un inmigrante polaco, fuerte y trabajador, acostumbrado a levantarse cuando el sol pintaba de rojo el perfil de los quebrachales, y a volver a la casa cuando el sudor y el cansancio lo obligaban a entrecerrar los ojos.

Habían aterrizado en la región del chaco hacía casi cuarenta años escapándole a la guerra, y fue el hambre y el río que seguido le arrebataba lo poco que tenían, que lo obligó a probar suerte en Buenos Aires.

Llegaron con sus seis hijos y un montón de esperanzas, se afincaron en villa Charcas, un asentamiento a orillas del arroyo de las perdices, al que denominaron con el tiempo, el arroyo donde muere el futuro.

Allí pasó su adolescencia Santiago, donde lo despojaron de su inocencia de niño del interior, cambiándole su Paraná por un arroyo lleno de desperdicios, y la inmensidad de sus campos por una parcela de barro y chapa.

Su mirada se volvió torva, se le frunció el entrecejo y el pecho se le llenó de un rencor amargo, tan amargo, como dulces fueron antes sus ojos verdes.

Matilde lavaba y planchaba ropa ajena, mientras Germán conseguía

eventualmente algunas changas de albañil, Santiago mientras tanto vagaba por ahí, amontonándose en las esquinas con otros maleantes ya conocidos en la zona.

Fueron muchas las veces que Matilde solía decirle – pero hijo no se ande con esa junta que lo van a llevar por mal camino, Santiago se limitaba a desviar la mirada y ni una sola palabra salía de su boca..

Lo apodaron “El Polaco” y al poco tiempo con una nueve en la cintura se ganó el respeto de los otros y el miedo de la gente. Amaba esa arma, la acariciaba, lo hacía sentir fuerte, seguro, con la seguridad de los débiles porque Santiago sabía que ahí, muy dentro suyo, el chico del interior no

se le había desprendido.

Solía frecuentar el almacén de Moncho, una especie de bar donde se juntaban por la noche a jugar al truco y tomar cerveza. Nadie lo molestaba, no se atrevían a contradecirlo, excepto ella, la dulce y morena tucumanita que le quitaba el sueño.

Elina era, con sus dieciséis años una estampida de alegría y se metió de lleno en el árido corazón del polaco, lo sintió latir con fuerza como ruido de ramas que se agitan, fue ella la que el día que el polaco cumplía 25 años le regaló un revolver de juguete, de esos que cuando se aprieta el gatillo se enciende una llamita. A él le gustó el regalo, era como el juguete que no tuvo de chico, además ese, no mataba.

Alguien le fue con el cuento al rengo Graciano. – el polaco está preparando algo grande - Graciano alertó a sus agentes y se subió al patrullero.

El polaco entró como todas las noches al bar, sus amigos estaban esperándolo, querían festejar su cumpleaños, él se sentó, sacó sus cigarrillos, le ofreció a sus amigos, él se colgó uno de sus labios y orgulloso sacó el revolver que le regaló Elina, gatilló una, dos veces y solo alcanzo a decir …fuego? Ofreciéndole a los demás, cuando el rengo le gritó – Alto carajo bajá el arma Polaco!!!

Mientras tanto Matilde apresurando el paso y ahogándose en sollozos murmuraba... La mala, junta, la mala junta.

Mirta Noemí Lago.